

de luz como la fe, su hermana, reina en el alma del ser humano, la Escultura, pagana, ejerce su dominio sobre la carne; porque, en realidad, en este arte está el secreto del genio antiguo, y como Fidias, Juan Goujon adoraba á Diana, la diosa de los largos cabellos de ébano, cuyas flechas, turbando la montaña tebana, siguen al gamo, que salta en su fuga el foso, y atisba atentamente, apoyado en sus patas traseras.

Junio, 1830.

### XXIII

#### PRIMAVERA

¡Llegaron los largos días de luz, de amor, de delirio! ¡Llegó la primavera, los risueños Marzo y Abril, el florido Mayo, el ardiente Junio, todos los hermosos meses amigos! Junto á los dormidos ríos, los álamos se doblan vagamente como grandes palmas; el pájaro palpita en el fondo de los tranquilos y tibios bosques; parece que todo ríe y que los verdes árboles, contentos de hallarse juntos, se recitan versos. Al nacer, el día se ve coronado por un alba fresca y tierna; la caída de la tarde está llena de amor; por la noche, á través de la inmensa sombra y bajo el bendito cielo, creese oír algo que es feliz cantando en el infinito.

### XXIV

#### EN LOS JARDINES DE LA MARGRAVE SIBILA

El jardín estaba lleno de escogida concurrencia. Sibila, con cierta ironía, tenía su corte en un extremo, gobernaba con la punta de su abanico duques, hacendistas, prelados, su rebaño; las terrazas parecían setos de ojaranzos, y más de una Radamira hablaba con alguna Araminta; en el fondo de un antro, en la obscuridad, un viejo fauno encorvado se las echaba de genial con un cura joven; dos filósofos ebrios discutían gesticulando y confundían el Fedón con el Digesto; y uno contestaba:—Quiá,—cuando el contrario decía:—Cur.—Brillaban las grutas, y en la semi-obscuridad, veíanse brazos desnudos y gargantas alabastrinas, diosas que reían entre las ramas de los árboles, mientras que los marqueses, con capas á la española, leíanles sonatas que silbaban los ruiseñores.

### XXV

#### LO QUE ES SALIR LLEVANDO CONSIGO UN NÚMERO DE «EL CONSTITUCIONAL»

Hace buen tiempo; el aire es puro; el cielo es de un azul fresco. ¡Murió el invierno! Geronte, adiós;

buenos días, Clitandro. No quiero hacérmelo repetir; el estío nos llama, el idilio recobró su libertad. No dejaré, por cierto, de aprovecharme de la apertura de tales puertas, puesto que Abril nos devuelve la naturaleza, puesto que la primavera nos invita á ir á oír relinchar los caballos de la aurora. He aquí mi programa: en las alturas, voces divinas; las flores se inclinarán en las hondonadas; Lalageo se pondrá rosas en los cabellos, y reirá; los rayos de ambos sexos podrán mezclarse; el césped dejará de ser timorato; murmurarán los bosques:—Aquí se casa uno. Y el árbol tendrá tanta sombra y los corazones tanto fuego, que no se encontrará en Dios ni un solo defecto; Pan nos dejará ver su inmensa alma enternecida; la naturaleza soñará; nada se mortificará por vivir y amar; crearemos oírnos nombrar en cuchicheos y nos figuraremos en el fondo ser conocidos por los pájaros; los cielos, las aguas, los prados donde nacen las églogas, serán casi tan bellos como una decoración de ópera; las mariposas harán lo que les plazca; los nidos cruzarán de rama á rama y en voz queda preguntas libres y respuestas francas. Y yo aspiraré el aroma de las campanillas y la sombra será tibia, y juntos despreciaremos, en lo profundo de estos bosques, ¡oh ninfas de Sicilia!, á Barbey d'Aureville, el imbécil espantoso.

8 de Mayo.

## XXVI

¿En alguna ocasión, hallándoos solo en el desierto, oísteis carcajadas en el bosque? ¿Huísteis al escuchar-

las, bañados en un frío sudor? Y semintroduciendo la mirada de vuestro pensamiento en ese mundo desconocido, del que sale la visión, ¿meditasteis alguna vez acerca de la creación entera en profundidades extrañas y terribles, del negro hormiguelo de las cosas invisibles?

7 de Julio de 1846

## XXVII

### EL FIN DE LOS MUNDOS

Esta creación, que nos parece inmortal, muere; mas ¿cómo nace? ¿De qué modo concluye? ¿Qué ojo sombrío vió expirar mundos?

Bogan casi extinguidos hacia la cloaca que ha de tragarles; descenden, ruedan por ellas; ola de eternidad se estrellan en sus orbes, y la agonía horrible, con sus exhalaciones, se traga lentamente sus prolongados horizontes. Estos pasan, horribles con sus lívidos fulgores; en el horror de los inmensos vacíos, parecen cascos de naves arrastrados por no sé qué feroz y lamentable viento, cráneos de gigantes, cabezas fulminadas; sus redondeces siniestras flotan semianegadas; el impulso que toma lo que no es vivo y que empuja la larva y la ceniza hacia adelante, impulsa hacia la nada aquellos trágicos vestigios, que pierden, como se pierde la sangre por las heridas, los elementos del ser, que se disuelven; la pálida muerte se cierne

sobre ellos, como un alción; y en la obscuridad que, bajo la inmensa niebla, los cubre con la formidable y negra espuma, cual náufragos que por turno van saltando del esquife en que se guarecieran, el tiempo, el día, el espacio, el número y la forma, quitan lúgubremente de la obscuridad aquellas pavesas.

## XXVIII

No os creáis ni grande ni pequeño. Contemplad.

Sentaos, por la noche, bajo los cielos estrellados, en la falda de un monte y cerca del mar profundo; mirad cómo la espuma se desvanece sobre la onda;

ved cómo de las olas surgen las constelaciones; mirad temblar á la alga, mirad como huyen los alciones; escuchad los sordos rumores que se producen en aquella obscuridad;

recordad el número de vuestros antepasados; dejad que vuestra alma, apenada por la fuga de los días, se funda con el recuerdo de vuestros jóvenes amores;

llorad mientras el agua murmura en la playa; y pensad luego en Dios, que mira y medita, clemente siempre, siempre favorable, siempre vigilante;

en Dios que, con el mismo ojo igualitario y benévolo, mira cómo el cometa mueve su cola flamígera y al pájaro extraviado en la inmensidad azul.

28 de Julio de 1846.

## XXIX

## TARDE

El oblicuo camino desaparece en las hondonadas, que, en las alturas, á través de los deformes árboles, ven brillar el siniestro y metálico cielo.

Por las orillas vagan algunos seres; ábrese el nocturno nenúfar; furtivas agitaciones doblan la hierba, arrugan la ola.

Mezclando los fulgores con las aguas, las anchas esfumaciones de sombra esbozan en la obscura llanura el monstruoso aspecto del caos.

De repente levántanse los espectros. ¿De dónde salen? ¿Qué quieren? ¡Dios! Perfiles horribles que surgen de todas partes.

Anda. Las horas pasan con lentitud. Conforme camina, ve encenderse allá arriba aquellas púrpuras sangrientas, lúgubres esplendores del sol poniente.

A lo lejos, una campana, un yunque, esparcen por el aire sus débiles sonidos. A sus piés, en la bruma, flota el paisaje inmenso y tranquilo.

Todo se extingue. Retrocede el horizonte. En la lejana obscuridad ve mostrarse en el crepúsculo las vagas formas del anochecer.

La llanura, que azota una brisa ligera, se abre á todos los vientos, y á la serenidad de la hora, une la extinción de todos los ruidos.

A penas si se oyen tenebrosos murmullos, las palpitations incoloras de lo que vela cuando en el espacio muerto duerme todo.

Las malezas, las arcillas, los olmos, los sauces, el lienzo de pared, tórnanse disformes contornos de no sé qué mundo obscuro.

El insecto de nocturnos élitros imita el grito de los aquelarres; los estanques parecen vidrios por los que se ve el cielo de abajo.

Gradualmente, montes, selvas, cielos y tierra; todo toma el aspecto terrible y grande de un mundo que penetra en un misterio, de un navío que entra en la obscuridad.

## XXX

## NOCHE

★

El cielo de estaño sucede al cielo de cobre. Da la noche un paso. Van á vivir las cosas hijas de la sombra. Los árboles habian bajo.

El viento, soplando desde los empíreos, hace tem-



blar en las ondas, en las que brilla el manto de oro de las claras veladas, los sombríos vislumbres morados de la noche.

Esta da otro paso. Momentos antes todo prestaba oído. En la actualidad no se atreve el ruido á mostrarse; todo huye, se oculta y se calla.

Todo lo que vive, existe ó piensa, mira ansiosamente como avanza el sombrío silencio á través de aquella oscura inmensidad.

Es la hora en que toda criatura siente distintamente en el cielo, en la gran extensión oscura, al gran Ser misterioso.

★

¿Qué piensa, en sus reflexiones, ese Dios que destruye conforme crea, los mundos que van del caos al vacío?

¿Nos escucha á nosotros? ¿Escucha á los ángeles? ¿Escucha á los demonios? ¿En qué piensa él, que vela á la turbada hora en que dormimos?

¡Cuántos soles, espectros sublimes! ¡Cuántos ejes en el luminoso orbe! ¡Cuántos mundos en aquellos abismos, de los que él acaso no esté contento!

¡Y cuántos monstruos enormes en el ilimitado Océano! ¡Cuántas disformes creaciones en aquella sombría oscuridad!

¿El universo, por el cual corre su savia, merece

ser fijado? ¿No va á romper ese molde, á lanzarlo todo y á recomenzar la obra?

★

¡No hay más asilo que la oración! Esta sombría hora nos hace ver la creación entera bajo el aspecto de un enorme edificio negro.

¡Son horribles los pensamientos que nos manda el cielo cuando las heladas sombras flotan, cuando el azul desaparece ante nuestros ojos.

¡Oh! ¡La muda y lívida noche hace que en nosotros vibre algo! ¿Por qué se busca en el vacío? ¿Por qué se cae de rodillas?

¿Qué fibra secreta es esa? ¿De dónde procede que, bajo aquel lúgubre espanto, el gorrión no se siente libre y el león no se siente ya rey?

¡Preguntas son esas que van á perderse en la obscuridad! En el fondo del cielo enlutado, en aquellas inauditas profundidades en las que el alma se sumerge, en las que se pierde la mirada.

¿Qué ocurre de terrible que hace que el hombre, espíritu desterrado, tenga miedo de vuestra horrorosa calma, oh tinieblas del infinito?

20 de Marzo de 1846.

XXXI

El alba es menos clara, menos cálido el aire, menos puro el cielo; la brumosa tarde obscurece los astros del firmamento. Pasaron los largos días, concluyeron los meses encantadores, los árboles comienzan á amarillear. ¡Qué pronto pasa el tiempo! Parece que nuestros ojos, que el estío deslumbraba, apenas tuvieron tiempo para mirar las verdes hojas.

Para el que como yo vive con las ventanas abiertas, el otoño, con su niebla y su cierzo, es triste, y el verano que huye un amigo que se ausenta.—¡Adiós! dice aquella voz que llora en lo profundo de nuestras almas.—¡Adiós, cielo azulado, hermoso cielo que la ligera brisa rozaba! ¡Voluptuosidades del aire libre, rumor de alas en los bosques, paseos, hondonadas llenas de lejanas voces, flores, dicha inocente de las tranquilas almas! ¡Adiós, rayos dorados! ¡Auroras, canciones y rocíos!

Luego se añade en voz baja:—¡Oh días dulces y benditos! Ay, ¿volveréis? ¿me encontraréis todavía?

XXXII

Obscuro está el espacio, la onda está sombría; allá abajo, en el negro abismo, brilla el faro en la obscuridad y la estrella en el cielo azul.

Pone la noche, en vez de la vela, que se llevan los vientos de Abril, la estrella en la esperanza ilimitada, el fanal en el peligro.

¡Dos antorchas! ¡Doble misterio triste ó providencial! El uno anuncia la tierra, el otro refleja el cielo.

## XXXIII

¡Oh poeta! ¿Por qué tus estancias predilectas van siempre cogiendo margaritas, campanillas y agavanzos silvestres, y van á sentarse en la profundidad de los mudos bosques, dejando que por sus piés desnudos, que lavaran las puras aguas, caigan los berros, semejantes á cabelleras? ¿Por qué siempre los campos y nunca los jardines?

¿De dónde te provienen, soñador, desdenes tan extraños? ¿Por qué huir de los bojes que realzan la arena de las avenidas, del risueño parterre de matas estrelladas, de los macizos que tan bien supo trazar el arte?

Y respondí:—Déjame alejarme. La fantasía se asusta ante las puertas y las verjas. La libertad, entre las rejas de los arados y las hoces, canta en el verde prado y ríe bajo el cielo azul.

El hombre hace el jardín, los campos son obra de Dios.

19 de Junio de 1839.

## XXXIV

## CIUDAD MUERTA

En esta ciudad, en la que nada ríe ni palpita, como en una mujer ya decrépita, siéntese ¡ay! que algo ha desaparecido.

Las casas tienen un aire enfadado, arrogante y áspero; las ventanas, reluciendo con un brillo de babosa, parecen guiñar los ojos y hacer una mueca, y de cada escalera y de cada pared delantera sale no se qué de triste y de gruñón. Puertas con claves del tiempo de Luis XIII, risueños hombres de piedra con jubón y gorguera, patios con grandes arcos en forma de asas de cesta, muchos cristales rotos, más de un inmenso granero, torres, grandes tejados azules sobre fachadas rojas,—palacios sino covachas,—he ahí lo que se encuentra á cada paso. Luego se ven toscos niños agrupados en torno de los pozos; algunos árboles malsanos, cubiertos de verrugas, atraviesan, á lo largo de las paredes, el empedrado de las calles; los rótulos ostentan caracteres góticos; los postes de los faroles parecen maderos de horca; las vastas paredes, los agudos tejados, las veletas que sobre ellos se ven, llenan el cielo brumoso de tristes siluetas. Al anochecer, sobre todo, infunden miedo. De día, los habitantes son escasos. En todas partes cree uno ver el mismo viejo con la misma vieja.

En aquellos aposentillos retirados con cristales de color verde botella, en los agujeros en que nunca el sol denetrara, se oye zumbir el siglo que nos abandona.

## XXXV

## EN EL LOMO DE UN ELEFANTE

Figuraos á Goliat llevado por Myrmidón. El conductor es pequeño y el animal es siempre enorme. Temblando á cada instante, el palanquín se deforma, sacudiéndoos hasta el punto de estropearos bajo sus cortinas de cuero y su techo de papel. Un monstruo tiene tantos vaivenes como un navío. Conforme el barco se inclina á un lado y á otro, el elefante vacila y os mareáis sobre el lomo del Béhémot. El conductor, pensativo enano, aconseja á media voz al coloso, y éste le escucha y no se equivoca en nada, ni en el vado, que sonda con su trompa, ni en el camino que debe seguir; y con tal que el que le conduzca sea un niño, el elefante jamás tiene miedo.

## XXXVI

## VENUS

¡Cielos! Un hormiguelo llena el negro espacio; se oye como se mueve y anda lo invisible; junto al hombre dormido, todo vive en las tinieblas. El cre-

púsculo, lleno de fúnebres figuras, suspira; el gamo anda pensativo por el bosque; á algún ser ignorado que flota en el viento, la vincapervinca dice en voz baja:—¡Te amo! La campanilla zumba junto al crisantemo, diciéndole:—Aldeano, ¿por qué te duermes? Toda la llanura parece adorar y estremecerse; el elegante álamo se dobla ante el feo sauce; un arbusto acaricia al antro; el olmo tiende al sarmiento sus brazos convulsivos; las nínfeas, para agradar á los nenúfares pensativos, yerguen fuera de las negras aguas sus blancas siluetas; y en todas partes, revueltas, mudas, despiertan entre los juncos y las cañas, mirando su pálida frente en el espejo de las aguas cristalinas, doblando sus tallos, abriendo sus ojos, inclinando sus cabezas, las rosas de los estanques, esas nocturnas coquetas; flores diosas brillan en la obscuridad, y, en los prados, en la hierba, por la que se arrastra un dulce ruido, en el agua, en la ruina informe y decrepita, palpita todo un mundo encantador y siniestro. Consiste esto en que allá arriba, en el misterioso cielo, vagamente espléndido y glorioso por la noche, brilla Venus, purísima, inefable, sagrada, y, visión, llena de amor lá medrosa obscuridad.

6 de Marzo de 1854.

## XXXVII

## DE ALBERTO DURERO

En el obscuro mar naufraga el débil esquiife; el rayo corta el aire con un relámpago.